



y simbólicas, que existen entre estas dos sagradas Ordenes? La sabiduría divina, que todo lo ha producido con cierta medida y número, no quiso una Orden solamente, sino dos, á fin de que fuesen una sociedad mútua en servicio de la Iglesia y en beneficio propio [1].”

Sin embargo, las dos instituciones, en medio de esta comunidad de principios y de fines, conservaban siempre una fisonomía especial. Los dominicos representaban en el catolicismo el espíritu de organizacion interior, y los franciscanos el de expansion y de fusion universales: querian los dominicos que el dogma se conservase religiosamente en toda su integridad en medio de la sociedad de los fieles, y que se pusiera la teología en relacion con las necesidades del siglo y el estado de las ciencias; y los franciscanos, en sus ardientes aspiraciones, hubieran querido que la fé se extendiera con su sangre por toda la tierra, y que aquella, con el poder eternamente fecundo, que le es propio, produjera en to-

(1) Carta dirigida por Humberto, general de los dominicos, y por San Buenaventura, general de los franciscanos, á las dos Ordenes, para reconciliarlas despues de ciertas graves diferencias.

das partes nuevas necesidades y nueva filosofía, literatura y sociedad.

Así es, que luego que fueron constituidas de una manera definitiva, se propusieron como su principal objeto una inmensa mision. Los dominicos establecieron en la Francia meridional el centro de sus esfuerzos para combatir la herejía de los albigenses; y los Hermanos Menores aspiraron en su proselitismo universal á hacer la conquista espiritual de las poblaciones mahometanas.

Eran entonces las cruzadas la grande passion de la Europa cristiana. Inocencio III, uno de los promovedores mas enérgicos de la guerra santa, acababa de morir en el momento en que la predicaba en la Toscana; pero su proyecto no murió con él. Ejecutóse hasta en sus menores ápices en el pontificado de Honorio III, y siguiendo sus planes estratégicos, fueron los cristianos á atacar á los mahometanos en Egipto, en el corazon mismo de su imperio.

Francisco de Asis siguió á los cruzados á San Juan de Acre, á Chipre, y hasta los muros de Damietta; pero lo que hay de mas ontable es que su papel en nada se parecia al

de Pedro el Ermitaño. Este, irritado con la tiranía de los infieles, suscitaba contra ellos la valentía, y algunas veces, el furor ciego de los pueblos cristianos: marchaba á la cabeza de los ejércitos con la cruz en la mano, y su grande ambicion era la conquista del Santo Sepulcro, y la destruccion del poder sacrilego que oprimia á los peregrinos; pero San Francisco se propuso un fin mas sublime y mas cristiano. No exhortaba á los cruzados á combatir inconsideradamente y con entusiasmo; por el contrario, exhortaba á emplazar la batalla, porque observaba las discordias que reinaban en su campo. Diariamente oia á los nobles insultar á los infantes, es decir, á los pobres, y prodigarles los epítetos de aventureros y bandidos, mientras que los plebeyos, que conocian bien su propio valor, y que muy pronto debian ocupar su lugar en el gran movimiento parlamentario del siglo XIV, acusaban de cobardía á la nobleza. ¿Y como hubiera sido posible la victoria en medio de estas discordias? San Francisco, pues, que á su entusiasmo religioso unia un gran conocimiento de los negocios humanos, preveia la derrota, y no temió pronosticarla; pero

los caballeros trataron de insensato al hombre cubierto de harapos y ceñido con una cuerda, que pretendia darles consejos sobre táctica militar.

Los caballeros y los infantes, el 26 de Agosto, con motivo de un calor escesivo para los europeos, despues de acusarse mutuamente de falta de valor, se exaltaron de tal modo en sus provocaciones, que obligaron al rey de Jerusalén, Juan de Brienne, á dar la batalla. El ejército cristiano fué vencido, y perdió seis mil hombres. "Vióse entonces, dice San Buenaventura, el sentimiento que causó haber despreciado los consejos del pobre."

Però la derrota de los cruzados no fué la derrota de Francisco. Lejos de abatirse por tal reves, pareció, por el contrario, que habia concebido un nuevo ardor. No era el castigo de los infieles lo que él deseaba, sino convertirlos á la fé y á la civilizacion cristiana. Despues de haber orado por largo tiempo, se le vió levantarse de improviso, en uno de esos raptos de gozo y de caridad que le eran habituales, y salir del campo de Juan de Brienne, cantando estas palabras del salmista: "Ahora, Señor, que estas conmigo, no temo

ningun mal, aun cuando me presente en medio de las sombras de la muerte." Dirigiase, ó mas bien, volaba á las tiendas de los infieles, á pesar del edicto público que habia puesto á precio las cabezas de los cristianos. ¿Pero cómo llegar hasta el sultan en medio del odio fanático que animaba á un pueblo contra el otro? Sin embargo, llegó Francisco; y allí, en presencia del vencedor y de los ministros de la religion mahometana, los conjuró con santo fervor á renunciar al mahometismo, y mezclando á su atrevimiento una habilidad muy notable, invocó sobre todo contra la religion del profeta la autoridad de la razon natural. El sultan era un poco filósofo, y se mostró chancero con aquellos ministros, y tolerante con el apóstol; y aun le invitó á permanecer en su corte, ya fuese porque realmente habia sido tocado por la fervorosa palabra del predicador, ya porque se contentase con tener en suspenso á los sacerdotes musulmanes que le inspiraban algun recelo. San Francisco rehusó; pero pudo al menos predicar á los pueblos musulmanes. Fueron sin duda muy pocas las almas que ganó á la fé; mas no fué perdido su tiempo. Bajo el pun-

o de vista del cristianismo, una sola alma es de un precio infinito; y ademas, ¿no era ya un resultado inmenso hacer admirar, querer y bendecir á un monge cristiano, por los pueblos musulmanes, en medio de las enemistades feroces que dividian entonces al Asia y á la Europa?

VI  
 La Orden de Los Terceros fundada por San Francisco, y su influencia política en la Edad Media.

Esto no obstante, pensó San Francisco que sus predicaciones producirian frutos mas abundantes en Europa que en Africa. Regresó pues á Italia, y entonces, en efecto, obró su palabra los mayores prodigios. No podia dar un paso sin que la multitud se precipitase á su alrededor, y continuaba su camino á través de las ciudades y de las campiñas, el predicador de los pobres en espresion de San Buenaventura, menos parecia marchar que ser llevado por la multitud.